

Margareta Hargitay Wieser*

¿Por qué no hablamos de racismo y discriminación en psicoanálisis? Los venezolanos somos chéveres

En mi formación y práctica analítica poco o nada oí hablar del tema. En mi entorno socio-cultural, el venezolano se jacta de ser abierto y de no discriminar por raza, cultura o nivel socioeconómico, pero sabemos que esto es una mentira, que hay atributos personales que nos hacen mejores o peores ante los ojos del otro, que hay quienes desde que nacen son desvalorizados y hasta odiados por su color de piel, ojos, cabello, etc.

Janine Puget (2002) define racismo

como el resultado de una discriminación específica, en general peyorativa, dirigida a una característica que le da identidad a un sujeto o a un conjunto, como perteneciendo a una clase, a una ideología [...]; el racismo en la vida cotidiana es uno de los mecanismos tendientes a reforzar la pertenencia al propio contexto, la que en este caso solo se define a partir del desprecio y toma de distancia respecto de otro conjunto. (p. 116)

En momentos como los actuales en Venezuela, donde los grupos se polarizan, la discriminación de lo diferente aumenta a extremos tales de generar incluso linchamientos públicos.

Para Kathleen Pogue White (2002), hay por lo menos tres vías de pensar el odio que deriva del racismo. Estaría “el ser odiado” como resultado de ser objeto de proyecciones y atribuciones destructivas y perniciosas. También estaría “el odio dirigido al self” como consecuencia de la internalización de proyecciones y atribuciones perniciosas y destructivas, dando como resultado al odio de uno mismo. Por último, estaría “el odio hacia los otros” por la reexternalización de proyecciones malignas que tratarían la fuente de las proyecciones con extrema hostilidad, con la posibilidad de desencadenar violencia y destructividad.

Presento a Roberto porque a través de una viñeta de su caso clínico quiero abordar el racismo o la discriminación que él percibe y ejerce.



Roberto llega en busca de ayuda para su depresión. Es un joven delgado, de piel morena clara marcada por múltiples tatuajes sobre los cuales iremos indagando en el desarrollo del proceso analítico. Tiene el ceño adusto, viste deportivamente y mientras espera a ser atendido, siempre permanece como dormitando en la sala de espera. Describo su apariencia física y su ropaje porque Roberto desde su arribo a mi consultorio impregnará el espacio de una sensación de incomodidad y rechazo. Las otras personas que acuden al consultorio jamás se sentarán cerca, siempre dejan un espacio prudencial libre en el sofá o se quedan de pie mientras esperan ser atendidas.

Frente a lo diferente, al otro desconocido en momentos de violencia social, los individuos están más predispuestos a usar mecanismos de defensa primitivos, como la escisión y la proyección de aspectos negativos del self y los objetos.

Será tema de su análisis el rechazo que siente cuando se monta en un autobús. Lo creen un malandro (delincuente), aparece la

discriminación en el mundo exterior. Con el tiempo, veremos que es una representación de su mundo interno, una proyección del odio a sus objetos internos hacia el afuera y una reintroyección del rechazo generado.

Roberto es percibido por el afuera como un delincuente: es joven, está tatuado, tiene un cuerpo entrenado y tiene una mirada cerrada. Todo lo descrito es leído o decodificado por el mundo externo como peligroso. Sin embargo, vemos que esta lectura es distinta una vez que aparece la palabra. Roberto explica los tatuajes y aparece la necesidad de inscribir en el cuerpo los afectos y las experiencias pasadas para poder tenerlos presentes siempre; aparece el tatuaje en honor a la abuela fallecida que lo crio y a la que extraña, aparecen los símbolos que identifican momentos buenos de su infancia; Roberto ha ido narrando-historizando su vida a través de los tatuajes. Tiene un cuerpo entrenado porque descubrió el atletismo, corre para escapar de los peligros reales y para escapar de los peligros que lo acechan en su interior.

* Asociación Venezolana de Psicoanálisis.

Es el segundo hijo, probablemente tampoco deseado, como su hermano mayor. Hijo de una madre adolescente que dejó el bachillerato para trabajar por ellos.

Roberto se ha sentido amado pero también odiado por la madre y por el hermano. Abandonado por el padre desde la temprana infancia, vive en un barrio poco seguro de Caracas, teniendo que sobrevivir a los peligros reales del afuera y a la introyección de aspectos desvalorizados y dañados.

No tiene una buena relación con la madre, con quien vive, ni con el hermano; recibe las proyecciones de la oveja negra de la familia y en ocasiones las actúa. Entonces, fuma marihuana en su cuarto y no comparte con la familia.

Roberto es de clase humilde y viene a un consultorio de clase media, y los demás lo perciben como diferente y, por lo tanto, le temen, lo evitan. Para mí, fue un paciente que, luego de los primeros minutos del primer encuentro, se me hizo cercano, me mostró sus aspectos infantiles y vulnerables, con los que pudimos trabajar. Su coraza para evitar ser lastimado, los tatuajes como mecanismos de defensa para imponer distancia en el otro. Su actitud intimidante para protegerse de la violencia en las calles, su velocidad para escapar de los asaltos, la marihuana para aliviar el dolor emocional de la soledad. Roberto despertaba en mí aspectos contratransferenciales maternos de cuidado y protección, hubo que mostrarle cómo era lógico que los demás le temieran, que él inconscientemente provocaba esa reacción en el afuera.

Individuos jóvenes como Roberto son una superficie muy apropiada para las proyecciones tanto de su grupo familiar como de su entorno social.

Cuanto más intensas sean la escisión y la proyección, más amenazante se vuelve “el otro” y se requiere de mayor protección.

Venezuela y sus ciudadanos están orgullosos de sus valores fundamentales como la dignidad humana, la igualdad, la no discriminación, la libertad de religión, etc. No obstante, estos valores presentan un fuerte contraste con los procesos regresivos de grandes grupos sociales que requieren una clara distinción entre “nosotros” y “los otros”, generando una distancia, evidenciada hasta en el espacio fisi-

co de la sala de espera de mi consultorio, para proteger así nuestro Self Ideal y la ilusión de seguridad. En momentos de caos político y social se tiende a exacerbar la división entre los buenos y los malos, los ciudadanos que cumplen la ley y los que la violan.

Vamik Volkan (2014) nos explica que, en tiempos de crisis, la gente abandona sus identidades múltiples, se une bajo un gran grupo y, unificada en el uso de mecanismos de defensa primitivos como la escisión, la proyección, la externalización, genera un aumento de la paranoia de un grupo frente al otro.

Finalmente, comparto las valiosas conclusiones del trabajo de Jorge Kantor (septiembre de 2016) presentado en el Congreso Fepal en Cartagena:

Como psicoanalistas, nuestra tarea ineludible es incluir en nuestro modelo técnico las expresiones conscientes e inconscientes, transferenciales y contratransferenciales de esta dimensión en el curso de los análisis que llevamos a cabo. Así como aportar a la investigación de los procesos psíquicos de identificación y transmisión del racismo en nuestra cultura. (p. 10)

Referencias

- Kantor, J. (septiembre de 2016). *El superyó piel: Psicoanálisis y racismo*. Ponencia presentada en el Congreso Fepal, Cartagena.
- Pogue White, K. (2002). Surviving hating and being hated: Some personal thoughts about racism from a psychoanalytic perspective. *Contemporary Psychoanalysis*, 38(3), 401-422.
- Puget, J. (2002). Las relaciones de poder, solidaridad y racismo. *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y de Psicoterapia de Grupo*, 25(1), 103-126.
- Volkan, V. (2014). *Psychoanalysis, international relations and diplomacy: A sourcebook on latrge-group psychology*. Londres: Karnac.